

G

Walter Benjamin escribe en 1932, en su *Berliner Chronik*, que la memoria como instrumento para la investigación del pasado actúa de forma particular. Es un medio tal y como lo es la tierra que cubre ciudades muertas. El que quiera acercarse al pasado cubierto del olvido debe comportarse como quien excava en la arena. He aquí la actitud del verdadero recuerdo. No puede salir a la superficie otra cosa que piezas rotas, escombros, es decir, fragmentos del pasado. Recuperar para la memoria creadores en el sentido más amplio de la palabra es hacer arqueología. Con Derrida hablando de Marx y de Chris Hani pedimos una política de la memoria, porque se la debemos a toda una generación de espectros o fantasmas. La generación a la que aludo en este artículo es la de aquellos jóvenes nacidos en las dos primeras décadas del siglo XX, que murieron en la Segunda Guerra Mundial y cuya carrera artística o científica quedó por lo tanto truncada. Karl Eugen Gaß (1912-1944) es uno de ellos. Fue el último alumno de Hans Robert Curtius, el único al que el célebre romanista consideraba digno de ser su sucesor. Curtius entendía la relación entre maestro y alumno de una forma particular, un poco como una mezcla entre Faust y Wagner por un lado y como la actitud de Stefan George hacia sus seguidores por otro. No hay que olvidar que Curtius mismo intentó en vano entrar en este círculo de elitistas. Quizá por ello quiso estable-

cer una relación parecida con Gaß, impresión que sacamos del diario de este último sobre todo en la descripción de los paseos de ambos cerca de Bonn por la orilla del Rin.

Karl Eugen Gaß

El joven pretende trabajar sobre una comparación entre Baudelaire y Kierkegaard. El maestro le contesta que sus reflexiones sobre el poeta francés quizá le faciliten una satisfacción subjetiva debido a una posible necesidad personal del momento, pero un trabajo serio en cualquier campo de Humanidades sólo puede tener el objetivo de ampliar la *Anschaung* histórica y estética más allá de las inquietudes personales. De las conversaciones entre Curtius y Gaß se derivan conclusiones muy válidas, parecidas a las que ofrece el sociólogo Max Weber en su ensayo *La ciencia como profesión*.

Haciendo caso a su maestro

Curtius, Gaß defendió su tesis no sobre lo demoníaco en Baudelaire sino sobre el filósofo francés Antoine de Rivarol. El excelente trabajo es mencionado en 1956 por Ernst Jünger en su librito aforístico sobre Rivarol alabando a Gaß, a quien, desde su ideología de tierra y sangre, compara con el trigo madurando cuando es reclamado por la guerra, hecho que el escritor asume sin protesta alguna como si se tratase de algo normal.

Conocemos cuatro libros (y algunas fotos) de Gaß. Aparte de la tesis presentó al mundo académico una interpretación de la correspondencia entre los hermanos Grimm y Achim von Arnim, un precioso ensayo sobre la idea de la poesía popular y la filosofía de la historia en el romanticismo alemán que acreditó al romanista también como germanista. Cuando defendió el trabajo sobre Rivarol ya había entrado en el fascinante mundo de Italia, país predilecto de sus últimos años de vida. Resultado de este contacto es una antología de textos traducidos de Corrado Alvaro a Aldo Palazzeschi, autores que se distanciaron de una forma muy clara del movimiento fascista de Mussolini. *El Diario de Pisa* (publicado de forma póstuma con otros esbozos como descripciones de viajes, el diario de la guerra y las cartas a su mujer) es para mí la obra más emotiva y destacada de Gaß, que le convierte en espectro derridiano y en la que me voy a centrar ahora.

Es bonito leer cómo el joven se acerca con propuestas interesantes y hasta inauditas a su maestro y cómo éste, con mucha comprensión, va rechazándolas por falta de disciplina y por considerarlas mero flujo desenfrenado de ideas. Lo lleva más bien a consideraciones sobre fundamentos académicos sólidos, a la prudencia y a la sagacidad. Igualmente lo aparta poco a poco de la am-

bición de la creación poética y lo dirige hacia el pensamiento científico ordenado.

También es bonito ver cómo en su diario Gaß habla, a veces como de paso, de la gran literatura de occidente: de Dante, de Hölderlin, de Baudelaire, de Maupassant, de Hofmannsthal, cómo relaciona los diarios de Eugénie de Guérin con *La porte étroite* de André Gide o cómo analiza la influencia de Huysmans y de la decadencia francesa en Ernst Jünger, todas ellas ideas sugerentes, nunca llevadas a su fin. Gaß no ha dejado grandes huellas, conocemos poca recepción de su obra aparte de la ya mencionada alusión de Ernst Jünger. Es emocionante su alegría cuando puede comprar libros e incluso cuando habla de la pérdida de libertad tras la compra: cualquier posesión nos hace menos libres. Es tierno leer cómo los cuida, los expone y cómo abre con un cuchillo las páginas aún cerradas. Son interesantes sus conversaciones con Rudolf Borchardt, por ejemplo sobre Dante, Rudel y Arnaut Daniel.

Curtius, en el momento del encuentro y de la colaboración

con su alumno, y debido a las circunstancias políticas en la República de Weimar y el Nazismo, se ocupaba más de la literatura y cultura en España que de Francia e Italia. Gracias a él se hicieron famosos en Alemania Miguel de Unamuno y Pérez de Ayala. También trabajaba sobre Ortega y Gasset y las investigaciones de los filólogos españoles sobre el *Cantar del mío Cid*. Gaß aún no había llegado ahí; menciona en algunos párrafos de su diario a autores españoles y plantea cuestiones como por ejemplo la relación entre Ortega y Menéndez Pidal, pero antes de pasar de los Apeninos a la Península Ibérica muere en el frente en los Países Bajos con sólo 32 años de edad. Era su primera batalla.

En 1937 leemos en su diario que tenía claro que su mundo estaba muy lejos de las circunstancias reales. Pero la realidad le alcanzó. La primera equivocación tanto de Curtius como de Gaß era que en los tiempos del régimen totalitario querían encerrarse en su torre de marfil y ocuparse exclusivamente de la crítica y de la ciencia literaria, de la filosofía

medieval o del inicio de la romanística alemana a principios del siglo XIX. Su segunda equivocación, igualmente por consejo del maestro, fue el hecho de rodearse de pensadores y artistas como Antoine de Rivarol, Rudolf Borchardt o Ernst Jünger, todos ellos referentes de una ideología conservadora que alabaron la guerra. Karl Eugen Gaß en los últimos meses de su vida ya no creía en el mito de las *Tempestades de acero* purificadoras y tenía más claro que nunca que su mundo eran las letras y no la guerra, una dicotomía que Ernst Jünger ni siquiera se planteó. Pero ya era demasiado tarde. Parecido a Heidegger, que considera fantasmagórico un par de zapatos pintados por Vincent van Gogh, zapatos que nadie lleva, vemos en el nombre de Gaß un espectro que ya nadie lee. Nos gustaría entrar en conversación con él y sacar las ideas que no ha podido aportar y que entre escombros y fragmentos sobreviven en el *Diario de Pisa*, aún a la venta en algunos anticuarios de Alemania y Austria.